

Eduardo Caballero Calderón

# Historia de dos hermanos



La «Historia de Dos Hermanos» permaneció escondida y refundida entre mis papeles por espacio de muchos años. Me había olvidado de ella sin que jamás aflorara a mi memoria. No se por qué razón nunca la terminé, pero quien haya leído aquellos otros libros encontrará no sólo la repetición del tema central de Caín sino la resonancia literaria de páginas enteras de mis «Memorias Infantiles».

A mediados de 1974 cambié de casa, y al arreglar mi biblioteca y revisar cuadernos y cartapacios llenos de papeles, descubrí los borradores inconclusos de esta novela que ahora se publica. Revisé y ordené mi material, reforcé y amplié ciertas partes, agregué muchas otras y redacté el final que a la sazón veía con una perfecta claridad por ser absolutamente necesario. No quise enmendar nada de lo que había escrito, ni siquiera escenas, frases y páginas que recuerdan insistentemente, como lo he dicho, libros publicados antes que este pero escritos mucho tiempo después.

## EXPLICACIÓN NECESARIA

Soy enemigo de los prólogos, tanto en los libros ajenos como en los míos. Los salto a la torera para que el juicio casi siempre parcial y exagerado de quienes los escriben no vaya a perturbar o deformar el mío. Por eso aquí no se trata de un prólogo sino más bien, como lo digo arriba, de una explicación necesaria.

Algunos lectores no tardarán en advertir que existen profundas semejanzas, aunque mejor sería decir resonancias, entre "Historia de Dos Hermanos", y obras mías anteriores cronológicamente como "El Buen Salvaje", "Caín" y "Memorias Infantiles". En las dos primeras aludo al drama bíblico de los dos hermanos, uno muerto a manos del otro por obra de circunstancias exteriores a el mismo, impuestas por fuerzas que lo trascendían. El mayor estaba predestinado a asesinar a su hermano Abel, a quien prefería ostensiblemente el Señor como se lee en los primeros capítulos del Génesis y se observa a todo lo largo de la historia humana. No en balde bíblicamente, es decir simbólicamente, el hombre proviene de un fratricidio y de un incesto.

En esta novela trato de profundizar el tema para librarme definitivamente de él, pues me obsesionaba desde hace muchos años. Lo curioso en este caso es que gran parte de ella es anterior muchos años tanto a las dos obras citadas como a "Memorias Infantiles". Fueron escritas estas últimas íntegramente en París y publicadas en Barcelona y Medellín. "Caín" desarrolla el tema mencionado en "El Buen Salvaje". La "Historia de Dos Hermanos", sin terminar

y sin bautizar todavía, permaneció escondida y refundida entre mis papeles por espacio de muchos años. Me había olvidado de ella sin que jamás aflorara a mi memoria. No se por qué razón nunca la terminé, pero quien haya leído aquellos otros libros encontrará no sólo la repetición del tema central de Caín sino la resonancia literaria de páginas enteras de mis "Memorias Infantiles".

A mediados de 1974 cambié de casa, y al arreglar mi biblioteca y revisar cuadernos y cartapacios llenos de papeles, descubrí los borradores inconclusos de esta novela que ahora se publica. Revisé y ordené mi material, reforcé y amplié ciertas partes, agregué muchas otras y redacté el final que a la sazón veía con una perfecta claridad por ser absolutamente necesario. No quise enmendar nada de lo que había escrito, ni siquiera escenas, frases y páginas que recuerdan insistentemente, como lo he dicho, libros publicados antes que este, pero escritos mucho tiempo después.

¿Por qué, —se preguntara el lector y me pregunto yo mismo—, aquel olvido total e involuntario trascendía en recuerdos subconscientes que afloraban en otras obras mías? Tal vez, ya muy avanzada la redacción de esa novela, llegue a un punto en que no pude seguir adelante, en que no fui capaz de matar a Abel, como le ocurre al personaje de mi libro en estos sueños y pesadillas que lo atormentan y en los cuales se siente presa de pánico, paralizado por el terror, desconectada su voluntad de los centros motores, sin que pueda dar un paso ni mover un dedo.

En todo caso, al releer aquellas viejas páginas, sentí la necesidad de terminar el libro para liberarme de eso que podría llamar una obsesión literaria. Advierto que es una obra completamente distinta de las aquí varias veces mencionadas. Es una terrible historia de amor entre adolescentes. Más que la historia de un crimen, es la de una pasión criminal.

E. C. C.

**Es** mucho lo que tengo que contar, pero no me corre ninguna prisa.

Si fuera aficionado a los chistes, como el Nino, diría que lo único que me interesa es matar el tiempo. Pero no es eso. Escribo para mí, sólo por sentir la necesidad de explicarme a mí mismo y justificarme ante Dios, cuyo silencio me llena de confusión y de espanto. Necesito descubrirme tal como soy. Hay algo que me atormenta más que mi propio destino y es la ignorancia de si en mí yacía oculta la facultad de cambiarlo. Quisiera saber, al final de mi vida, si hubiera tenido el poder de seguir otro camino mas claro y amable, cuyo termino no hubiera sido esta cárcel donde hoy me encuentro convicto de violación, estupro y asesinato. Si no creyera en Dios, no tendría ningún problema. Si no creyera en Dios mi moral sería completamente distinta. Pero mi libertad me atormenta. ¿De veras existía en mí la facultad de escoger mi destino, o por el contrario estaba condenado de antemano a no seguir otro distinto?

A veces tengo la impresión de que mi vida se ha desarrollado fuera de mí mismo, como si no me perteneciera. Mi conciencia es un apartado que registra los incidentes y pormenores de esa vida que se proyecta al exterior, igual que la sombra que se arrastra detrás o delante de mí según el sol, sin que yo pueda suprimirla. Muchas veces mis actos se revolvieron contra mí como un boomerang, y me exaltaron o me condenaron sin que en el fondo me sintiera responsable ante eso que, por impotencia del lenguaje, llamaba mi propia vida. Me viene a la cabeza el caso de Pepe, el criminal, o el del Nino que es sensual y ladrón, o el de don Manuel el cajero de banco. A todos los arrastró a la cárcel un acto en el cual circunstancias ajenas a su voluntad fueron las principales causantes. El crimen de Pepe aparece proyectado fuera de él mismo, como ejecutado por un extraño, por un demonio que se complaciera en sustituir a la suya una voluntad caprichosa.

Mentiría si dijera que al cabo de veinte años de encierro, primero en el reformatorio mientras cumplía dieciocho años, y ahora aquí, estoy triste o fatigado por un castigo material que ni siquiera ha hecho mella en mi cuerpo todavía robusto y en mi espíritu todavía impetuoso. Los primeros días, ¡hace ya tantos años!, vegetaba en una especie de estupor, pero la rutina y la costumbre amansaron poco a poco mi corazón. Descubrí que me encontraba a gusto en la cárcel. Esta me había librado de la incertidumbre del presente aunque dejaba libre la duda sobre el porvenir. Mis angustias se aplacaron cuando el juez de menores me envió al reformatorio y después otro juez me condenó a veinte años de reclusión en la cárcel. Un gran alivio sucedió a la insoportable tensión de los primeros días, cuando me sometieron a la tortura de los interrogatorios y al escarnio de poner mi nombre en la picota de los periódicos. Cuando el silencio se cerró sobre mí y la monótona disciplina carcelaria me endureció cuerpo y espíritu, recuperé la lucidez perdida. Me entregué al cumplimiento estricto de mis obligaciones. Fui un condenado ejemplar, a quien los guardias regalaban cigarrillos y el director de la cárcel daba pequeñas demostraciones de confianza. Nadie volvió a visitarme, ni a escribirme, ni a preguntar por mí en la portería, pues desaparecieron de esta vida, uno a uno, todos mis parientes. A los periódicos y a los abogados dejé de interesarles pues mi caso ya no era noticia ni actualidad. Estoy solo con mi alma, nadie me busca ni me necesita y yo no necesito de nadie sino de Dios, en quien me agito como un gusano en la palma de su mano. Si no creyera en Él, nada me importaría un bledo o un ardite, aunque no sepa que son un ardite y un bledo.

Desde hace muchos años comencé a leer, con pasión, cuanto libro bueno y malo se encontraba en esta humilde biblioteca de la cárcel. La donó una asociación de señoras piadosas y bienintencionadas que carecían por completo de discernimiento literario. Entre esos libros se encuentran

la Biblia y los Evangelios; los Evangelios y la Biblia que han sido mi solaz durante estos largos años que se me hacen demasiado cortos cuando miro hacia atrás. Tan cortos, que un día en la peluquería de la cárcel me sorprendió observar que los cañones de mi barba se habían vuelto completamente blancos. Si me la dejara crecer, la tendría como las mechales y opacas que cruzaban la calva amarilla de mi abuelo: como las barbas de Yahvé, según aparece en las ilustraciones de la Biblia. ¡Y apenas tengo cincuenta y cinco años! Trabajo durante todo el día en el taller de encuadernación sin que me duelan los riñones. Duermo mejor que cuando tenía catorce años, porque entonces me agitaban pesadillas que culminaban en una polución o en una micción incontenible. Si no fuera por este problema de mi extraño destino, que tanto me preocupa, honradamente creo que sería un hombre feliz. ¿Para qué lo preocupas con esas cosas, viejo? Cada uno es como Dios lo hizo, y genio y figura hasta la sepultura. ¿Para qué le das vueltas en la cabeza a esa idea absurda de lo que hiciste o dejaste de hacer, de lo que hubieras hecho y de lo que quisieras no haber hecho jamás? El Niño no pudo comprenderme. Con don Manuel, con quien podría hablar de estas cosas, no lo hago jamás. Claro que para quien tenga una vida más o menos natural, que por sus pasos contados se precipita en la muerte, mi pregunta es ociosa. No es lo mismo ser un criminal que tener hasta el fin de los días las manos limpias de sangre. Y si no se quiso libre y espontáneamente ser eso, sino que se llegue a ese desastre por una especie de vocación para el delito, el problema de la responsabilidad es punzante. Y si esa vocación no se tenía en un principio, sino que nació de golpe como en mi caso, el problema no sólo es punzante sino inexplicable y absurdo. Si yo no tuviera conocimiento de mi pecado y de mi culpa, sería un hombre inocente como Pepe para quien su crimen aparece como cometido por otra persona distinta de él, por un ser deforme y monstruoso que irrumpió en su conciencia, se adueño de su alma y

lo precipito en el delito. Pepe es uno de los endemoniados a quienes Cristo purificó al arrojar al Mar de Tiberíades el demonio que llevaban dentro. En cambio yo soy mi propio crimen, y él ha teñido toda mi existencia. Hubiera deseado ser otro y no yo, o el mismo pero sometido a otras circunstancias; o por lo menos haber nacido con mayor fortaleza para dominarlas y desviar el curso de mi propio destino.

La lengua se me enreda y la cabeza me da vueltas como si tuviera vértigo. Mejor es libertarme de esta tortura contando escuetamente los hechos de mi vida, sin pararme a reflexionar sobre ellos. No puedo seguir divagando. Caería en una confusión mayor que la que tuve esta tarde cuando dormitaba en la capilla arrullado por las palabras del capellán y calentado por el sol que se filtraba al través de los ventanales.

La capilla es tranquila y grata cuando el sol pinta unas grandes manchas de colores en el piso enladrillado, o cuando llueve en el patio, sobre mi surco de margaritas, también me gusta estar en la capilla sin hacer nada, sin pensar en nada, mirando los Santos de pasta del altar y observando la llamita de la lámpara del sagrario que se agita y ondula como una pequeña lengua de fuego. Repito las oraciones que aprendí de niño, de labios de mi madre y del Padre José, pero me fatigo pronto y la imaginación se me va lejos, muy lejos. Me quedo soñando, dormido o despierto, que es casi lo mismo. Vago por el camino trillado de mis pensamientos. Si yo no me hubiera criado en aquella casa, si mi abuelo no hubiera sido mi abuelo, si mi hermano no hubiera sido mi hermano, si no hubiera conocido jamás a aquella adorable criatura que era Margarita... Pero es inútil. Los sueños tienen una lógica y un sentido, en tanto que la realidad no lleva a ninguna parte, o sólo conduce al desastre final, a la muerte inevitable, al crimen absurdo, a la nada...



Es muy distinta esta capilla de la del colegio de los Padres, que me inspiraba miedo y me congelaba los riñones. Es de los recuerdos más claros que conservo del colegio, donde nunca me encontré a gusto: la capilla oscura, las duras bancas de madera, centenares de niños sentados allí que cambiaban de posición a cada momento porque se aburrían en la inacción forzosa o estaban a punto de perder el control y orinarse en los calzones. Eran los retiros del fin del curso, la expectativa de los exámenes, el terror de la confesión general para la cual teníamos que hacer un inventario minucioso de todos nuestros pecados, y los había reales e imaginarios que nos atormentaban porque eran muy difíciles de confesar.

Uno de los Padres nos hablaba en su plática, de pie en el presbiterio, del peligro inminente en que estábamos de morir esa misma noche, tal vez ese mismo instante. Si no estuviéramos absueltos y no nos hubiéramos arrepentido de nuestras faltas, nos esperaba la condenación eterna. Me acuerdo exactamente de esas cosas pues siempre viví atormentado por la idea de la muerte y creía ciegamente en el infierno y en el purgatorio. Hoy se, por dolorosa experiencia, que el purgatorio y el infierno son reales y actuales. No existen en otra vida sino en esta. Por el contrario de lo que debía sucederles a muchos de mis compañeros, que oían con indiferencia aquellos sermones del fin del año, yo me impresionaba hasta lo más hondo de mi alma pues sabía que todos en este mundo, hasta yo, tenemos que morir. Moriremos inexorablemente. Había visto morir a mi madre, a quien le corrió a lo largo del rostro una sombra fría y gris que desfiguró sus facciones. Vi morir al abuelo. Los alumnos que se sentaban conmigo en la misma banca o en la delantera, no conocían la muerte de cerca y pensaban que si ella existe de veras se abatiría sobre ellos. Los argumentos del predicador se estrellaban contra la muralla del escepticismo infantil. Era inútil que él clamara con voz tétrica y amenazante: "Yo conocí un niño que salía alegre del cole-

gio, lleno de vida, y al cruzar la calle sin mirar a los lados fue arrollado por un automóvil que pasaba y murió en el acto. ¿Que había en la conciencia de ese niño? ¿Estaría en pecado mortal o en gracia de Dios? ¿Quién podría saberlo?

Entre los centenares de muchachos que llenábamos la capilla, tal vez yo era el único que se estremecía de los pies a la cabeza al oír esas palabras, pues me sentía ese niño. Aquí es otra cosa. En la capilla de la cárcel todos percibíamos oscuramente que nos hallábamos en el infierno como don Manuel o en el purgatorio como el pobre Pepe.

Tenía la cabeza rapada y deforme. Mato a su madre con una hachuela sin saber todavía por qué razón, aunque esta ignorancia no le preocupe lo mas mínimo. La suya es una historia vulgar, un crimen de la tercera pagina que dedican los periódicos a los hechos de sangre ocurridos en la noche anterior. Yo pienso que si Pepe no hubiera asesinado a su madre, no tendría historia. Estoy seguro de que cuando muriera, ni siquiera caería en la cuenta de haber vivido. Sin su crimen, Pepe no existiría. Oscuramente comprende su situación y para inspirar compasión en los psiquiatras y los penalistas que vienen a hacer sus primeras armas con los condenados pobres de la cárcel, dice conmovido hasta las lágrimas que es un pobre huérfano que no tiene a nadie en este mundo. Lloro cuando habla de su madre, que lavaba los pisos en casas de familias pudientes para llevarle el pan que él se comía tranquilamente en la suya. En su celda que es contigua a la mía, le oigo rezar todos las noches en voz alta un avemaría por su madrecita que está en los cielos. Es increíble que haya seres así y deben contarse por millones en el mundo entero, especialmente en las grandes ciudades. Seres tarados y primitivos, mas próximos del animal del cual perdieron ciertas facultades sobresalientes, que del hombre del cual no heredaron la inteligencia critica y el sentido moral. Es un misterio que me preocupa de veras. Me gustaría discutirlo con el capellán de la cárcel, o con las señoras de una sociedad llamada "Amigas del Recluso",

pero son gentes torpes, que nunca han pensado en nada porque nunca han dudado de lo que les enseñaron de niños. ¿Por qué razón existe el mal en el mundo? Mas concretamente, para quienes creemos en Dios y veneramos a Cristo, ¿por qué jamás se habla en los Evangelios de ese problema? Cristo se limitaba a arrojar a los demonios del hombre y precipitarlos al mar dentro de una pira de cerdos; a limpiar al leproso; a perdonar al ladrón y a la prostituta; a hacer andar al paralítico y a revivir a los muertos. Pero su actitud revelaba lo que jamás se expresara en palabras: que existe el mal y que la naturaleza es injusta. En casos aislados Cristo podía corregir los vicios y las anomalías de la naturaleza, pero implícitamente confesaba que la naturaleza es incorregible. ¿Por qué permitir la existencia de seres monstruosos, como Pepe, cuya existencia si no perjudicial para los demás puede considerarse perfectamente innecesaria?

A mi derecha se encontraba en la capilla ese muchacho alegre y de bonitos ojos que vino a dar aquí por un enredo en un garito donde era tahúr y traficaba en drogas. Su ignorancia del mundo, de lo que otros entendemos por mundo, es admirable. Para él no existe moral privada, ni sentimientos religiosos, ni amor al prójimo, ni nada por el estilo. Es un hombre en blanco. ¡No se quien fue mi padre!, suele decir. Debía ser un redomado ladrón, porque de alguien tuve que heredar esta diabólica habilidad que tengo en los dedos. No conocí a mi madre, pues cuando ya me daba cuenta de las cosas ella hacía tiempo se había fugado con un hombre, dejándome tirado en mitad de la calle. Su escuela primaria habían sido las callejuelas de la ciudad, cuando en vez de compañeros de juegos y de estudios, como los tuve yo, los suyos eran pequeños vagos que pedían limosna para un falso ciego a las puertas de las iglesias, o practicaban pequeños hurtos en las aglomeraciones y dormían cuando los sorprendía la noche, en cualquier parte. Se

embriagaban con el tufo de la gasolina que aspiraban de los tanques de los vehículos. Una vez emancipados de la tiranía del falso ciego, o el falso paralítico, o la falsa madre que los ponía a mendigar a la entrada de los cines para conmovier a los transeúntes, formaban pandillas que progresaban rápidamente en la carrera del delito. Entraban en contacto con los raponeros mayores y los apartamenteros, y los timadores callejeros que trabajan en las plazas del mercado y las estaciones terminales de los ferrocarriles. Aprendió a leer en un reformatorio. Se graduó de bachiller en artes y ciencias rateriles cuando pasaba largas temporadas en refugios infantiles o en asilos de expósitos de los cuales siempre lograba escapar para volver a las mismas. ¿Qué podía esperarse de quien se educó y se crió de esa manera? En cambio tú eres un ser privilegiado, me decía. Ya sabes quien eres, de donde vienes y para donde vas...

Tiene el Nino tal conocimiento de los hombres, que sorprende oír en sus labios sentencias que a veces se encuentran en los libros, aunque el no haya leído ninguno. Es admirable la intuición, casi diría la clarividencia que los ladrones profesionales, los timadores de oficio, los tahúres, los corruptores de menores, los invertidos, suelen tener de la naturaleza humana. El criminal es otra cosa: un ser a quien lo empuja una fuerza superior a el, un terror pánico, un odio ciego, que no es capaz de evitar. Sin otras letras que sus experiencias de vagabundo el Nino sabe con seguridad infalible descubrir el punto flaco de la víctima a quien desea engañar en el juego, o del campesino a quien ha escogido, entre millares de pasajeros que pasan por una estación de ferrocarril, para arrebatarle la cartera o hacerle el timo de los billetes. Eso es muy fácil, me dice. La timidez, la ignorancia, la avaricia, el deseo de engañar a otro, son cosas que saltan a la visita. Yo engaño a quienes llegan a la ciudad con la ilusión de enredar a alguien y así multiplicar los pocos pesos que llevan entre el bolsillo... Son pobres

hombres y no maquinas. Solo a don Manuel se le ocurre que es más difícil engañar a un Banco que a un hombre.

Don Manuel es mi vecino al lado izquierdo en la capilla: un antiguo cajero que durante muchos años sustrajo pacientemente una pequeña cantidad, falsificando recibos de cuentas muertas a fin de completar el dinero que su mujer y sus hijos gastaban excesivamente en su casa. Es el más solitario y melancólico de los reclusos. El único que rehuye las visitas de sus antiguas amistades y tiembla de horror al pensar que algún día tendrá que afrontar el juicio de sus hijos. Aunque no ha matado a nadie y sería incapaz de matar una mosca, parece que hubiera asesinado a todo el mundo. Con Pepe el matricida, y con el tahúr a quien llamamos el Nino, es mi mejor amigo. A Pepe lo quiero por su sencillez. Su único pecado, según el médico de la cárcel, es su cabeza deforme, monstruosa, erizada de protuberancias y roída por una tiña incurable.

Mi amigo el cajero es persona culta. Adora el recuerdo de su hogar perdido y sólo aspira a que sus hijos rehabiliten su nombre en un olvido piadoso. Por ciertas frases que a veces se le escapan en los momentos en que se deja llevar por su temperamento sentimental, tengo la impresión de que don Manuel preferiría haber asesinado a alguien que ser un ladrón de Banco. Quisiera ser yo y no el, o que su vida hubiera sido la mía y no la suya, lo cual no tiene nada de extraño si se considera que, cuando era niño, yo hubiera querido ser mi hermano y no yo. Para él robar es un delito vergonzoso que convierte al hombre en un culpable ante la sociedad en que vive, mientras que el crimen sólo afecta a una persona determinada.

Entre los habitantes de la cárcel, pertenecientes a todas las categorías sociales, se considera que hay delitos vergonzosos como los de carácter sexual y los hurtos de menor cuantía; y en cambio hay hazañas heroicas y admirables como los asaltos a mano armada y en cuadrilla, los secues-

tros de millonarios y personajes, la captura de aviones en pleno vuelo y el contrabando en grande escala mediante corrupción de autoridades civiles y de policía. Son maneras de ver...

Para el Nino robar, y vender niñas inocentes a viejos empedernidos, y ganar dinero con dados falsos, y enviciar incautos a la morfina, es una ocupación corriente y respetable. Para don Manuel, que es una persona honorable y decente, en ciertos casos el crimen es compatible con la moral de un caballero; en cambio robar es un acto de una vulgaridad propia de seres ruines y miserables como el Nino. En lugar de rezar un avemaría por su madrecita que está en los cielos, como Pepe, o de cantar sucias canciones de sus épocas de reformatorio, como el Nino, don Manuel solloza en la capilla y en su celda. Lo he oído infinidad de veces, pero nunca me he atrevido a decirle una palabra de consuelo para no herir su dignidad de caballero que ha caído en desgracia. Todos sabemos que a él "no puede hablársele de aquello", y que contrariamente a lo que nos sucede a centenares de habitantes de la cárcel, no hubiera querido hacer lo que hizo forzado por las circunstancias.

Los demás reclusos, quiero decir centenares, son unos pobres diablos con quienes apenas cambio dos palabras en el patio o en el taller. Son una escoria urbana, un subproducto de la miseria y la ignorancia. Fueron tirados aquí como a un basurero de fábrica los artículos imperfectos, o quebrados, o deformados por algún daño en las maquinas o una torpeza de los operarios. No me inspiran ternura, como Pepe; ni me divierten como el Nino; ni me producen respeto como don Manuel, Además, debo confesarlo, sólo estos tres me estiman y no me llaman Caín.

Debería explicar lo que sentí esta tarde en la capilla cuando desperté de pronto al oír ese odioso remoquete de Caín que algunos me gritan en el patio. Esta tarde quien pronunció ese nombre fue el capellán, en medio de su pla-

tica dominical, pero antes de contar qué fue exactamente lo que sentí prefiero hablar un poco mas de mis tres amigos. Ya he dicho que no me corre prisa, y ellos son los únicos tres amigos que he tenido en el mundo. Sobre todo, y esta es la pura verdad, son las únicas personas que me han hecho sentir que soy el mas importante. Me juzgan mejor que ellos. Represento el lazo que los une entre sí pues al prescindir de mí he observado que se desconocen y se detestan. El Nino juzga a don Manuel un imbécil, este se avergüenza de tener que vivir bajo el mismo techo que aquel ser vicioso y vulgar, y los dos no consideran a Pepe como a un hombre sino como a una bestia. Cada uno de ellos me quiere y me admira a su manera, y por separado cada uno de ellos me ha dicho que en verdad yo no merecía mi suerte. Yo los envidio por tener ellos una explicación plausible de su destino. Saben por qué pecaron o delinquieron, y yo no encuentro una justificación clara de mis actos, aquella que pudiera apaciguar mi conciencia. Los cuatro somos pecadores, pero en ellos se encuentra la solución de su enigma, y no es necesario buscarla mas lejos. Hicieron lo que hicieron porque tenían que hacerlo, o porque lo querían.

Vuelvo siempre a lo mismo. Pepe asesino villanamente a su propia madre porque a ese crimen lo empujaba algo de lo cual el no es responsable: su voluntad débil y su entendimiento romo incrustado en una pobre cabeza deforme de heredo-sifilítico o de heredo-alcohólico, o de qué se yo. Los estudiantes de medicina a quienes trae el doctor le miran, le miden, le fotografían y le radiografían la cabeza. Es una bella cabeza de estudio, dicen ellos. Un hombre bueno, como Pepe, nunca pudo hacer cosa distinta de la que hizo con esa cabeza de la cual no es responsable, pero la cual le sirve para ser y para sentirse un hombre. Los psiquiatras y los penalistas lo consideran un sujeto de estudio y los funcionarios oficiales de la cárcel tienen la obligación de alimentarlo y vestirlo. Por lo que hace al Nino, nacido en un prostíbulo y educado en las calles, en la promiscuidad